

Íntimas

(Expresión de interioridades)

Adela Zamudio. Cochabamba, 1854-1928. Poeta y novelista boliviana. En conmemoración al día de su nacimiento el 11 de Octubre se ha declarado Día de la Mujer Boliviana. Zamudio es la primera intelectual feminista importante de Bolivia.

Cochabamba, 15 de junio de 1907

Querido Armando:

El inmenso desborde que palpita en mi alma, ha paralizado mi voluntad impidiéndome escribirte.

Mi dicha es infinita. Me asusta el verla encerrada en el efímero espacio de la vida. Quisiera la eternidad para gozarla. ¡Armando querido!, perdóname, soy dichoso ignorándolo tú y sin que hayas contribuido a mi felicidad.

Por haber quedado débil y necesitar reconstituírse, la llevaron a uno de esos balnearios próximos a la ciudad y desde hace mes y medio la veo todos los días. En la serena melancolía de los días azules del invierno y en el éxtasis de sus noches de luna, resguardados por la espesura silvestre de los zotos que bordean las orillas de los sembrados o las cimas de las quebras, paso a su lado horas verdaderamente divinas, lejos de toda traba social.

Nuestra vida es un ensueño prolongado, un ensueño espléndido. Ni una sola vez ha usado la señora, de esos cuidados fingidos, tan comunes en las madres. Somos completamente libres. Ella no se excusa nunca de hallarse a solas conmigo. Un rasgo común a todos los hombres de mediana cultura, desde el más timorato hasta el más libertino, es tratar a cada mujer como cada una merece. Ella lo sabe; no hay mujer honrada que no lo haya experimentado. En el ingenuo abandono de nuestras íntimas conversaciones es más sagrada a mis ojos que envuelta en la rigidez de las conveniencias sociales.

Comprenderás cuán inmensamente dichoso me siento, cuando te diga que hoy tengo la absoluta convicción de que, antes que a mí no ha amado a nadie. Su espíritu profundo y virginal es el pomo de esencia cerrado y sellado, que hoy se abre por primera vez embriagándose con el perfume de sus ideales. Lo que la caracteriza es la singularidad, ¡no se parece a ninguna otra mujer sobre la tierra!

Me encanta en ella la ausencia completa del falso pudor, tan común en las mujeres. Con la serenidad de los espíritus superiores, aborda, cuando se ofrece, las cuestiones más delicadas o espinosas.

La causa primordial de que tan pocas uniones sean felices, siendo tantas las que se realizan por puro amor, reside en la diferencia de ideas, que al casarse abrigan el hombre y la mujer. Ambos ignoran sus deberes, no sus deberes materiales, que todos ellos y casi todas ellas conocen demasiado, sino sus deberes morales. Ellas están persuadidas de que la mujer entra en el matrimonio como en un paraíso en el que, las solas obligaciones del varón son: buscar el pan y acariciarla, siendo las de la mujer, presidir las tareas domésticas y corresponder a esas caricias. Por algunos conocimientos prácticos que posee, el hombre por su parte, la juzga incapaz de ascender a la esfera intelectual donde él actúa. Pasado el primer ardor de sus deseos, el marido busca las satisfacciones de su espíritu en los amigos del club... y con frecuencia, en los pacíficos gozos de otro hogar, de los que participa como mendigo de felicidad... mientras la esposa, o se embriutece en el aislamiento, o se entrega al misticismo, o frecuenta amistades, ante las cuales él se mantiene indiferente cuando no hostil. Mientras permanecen juntos, se hallan a inmensa distancia el uno del otro; él posee la persona física de su compañera pero ignora su alma. Mientras exista ese abandono moral de la esposa, el

confesor será su verdadero dueño. Michelet lo ha dicho: "¿Cuántas veces en el matrimonio, la más feliz tiene necesidad de consuelo y la más amada vive ansiando amor!"

Pero esa separación tiene su origen, no en la supuesta diferencia intelectual, sino en el diferente concepto moral del amor y del matrimonio: en todo lo relativo al código de honor que rige la conducta de la mujer, ellas y nosotros nos hallamos de acuerdo; en lo relativo al honor del hombre la disparidad es inmensa: convencidos de que no pensarán nunca como nosotros, fingimos participar de las opiniones femeninas, pero el momento de las bruscas declaraciones llega al fin y es el momento del divorcio. Para este mal, hay un remedio: la sinceridad. Si hay una verdad irrecusable el hombre la atacará, si hay una realidad inevitable la mujer la aceptará; lo que importa, es no iniciar con el engaño, el divorcio moral, terrible y eterno.

Estas opiniones no son únicamente mías; son cuestiones planteadas y resueltas por ambos; conversaciones que tuvieron su origen en un rasgo de confianza que en hora bendita usé con ella. Recordando el pasado, desde antes de conocernos, le referí con la misma llaneza que a ti en una carta, nuestra invasión a un baile de damas de aldea, la noche de la fiesta de la Candelaria; invasión cuyo objeto fue hacer rabiar a un cura libertino. Me confesó que le había sido referida, pero bajo un aspecto odioso y degradante para todos y especialmente para mí, y que aquella revelación había sido uno de los más grandes dolores de su vida.

Desde ese día, hemos hablado mucho al respecto. Queremos que nuestra unión sea la unión de dos almas, no "la soledad de dos en compañía". Le he jurado no ocultarle jamás un acto, ni una opinión, ni un pensamiento; revelárselo aun desafiando su desaprobación. Lo mismo me ha jurado ella.

Más alta y más delgada, sus rizos renovados por la fiebre, toman un tinte cada vez más oscuro que contrasta con la purísima blancura de su cutis. Pensando en lo que me parecía cuando la conocí y en lo que hoy es a mis ojos, he recordado un hecho de mi vida de colegio: explicándonos el profesor, la diferencia entre la simple percepción y la intuición, se me ocurrió un ejemplo que todos estimaron como uno cabal: ¿Por qué es que a primera vista vemos a las personas tan distintas de lo que nos parecen cuando llegamos a tratarlas? Eso que me había pasado hasta entonces con frecuencia es lo que hoy me ocurre con ella: es la primera vez, aquel memorable día de verano, mi órgano visual percibió solamente una cabecita rubia y unos ojos sombríos en una cara pálida; hoy, tengo la intuición clara y profunda de su fisonomía física que es el reflejo de su fisonomía moral. ¡Qué extraordinariamente bella es! Entre aquella belleza y la de hoy, ¡cuánta distancia!, entonces la hallé linda, hoy la hallo celestial; la distancia que media entre una flor y un astro, sólo que la impresión de las primeras veces persiste mezclada a la emoción de hoy. ¡Aroma de jazmín, fulgor de estrella, su atmósfera me envuelve, me embriaga y me subyuga!

Juan.

